No estamos en el reglamento

Las reglas están claras. Los deseos, mucho menos.



Laura Bellini

No estamos en el reglamento

Las reglas están claras. Los deseos, mucho menos.

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384903520

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - El precio de una excepción 12
Capítulo 2 - Una hora sin obligaciones 23
Capítulo 3 - Entre líneas 38
Capítulo 4 - Las cosas que no se anotan en el calendario 51
Capítulo 5 - El derecho a decir que no 65
Capítulo 6 - El primer paso 79
Capítulo 7 - Lo que no me dijiste 93
Capítulo 8 - Fuera de los focos 106
Capítulo 9 - El riesgo que elegimos 118
Capítulo 10 - Sin una distancia segura 132
Capítulo 11 - Una mañana sin armadura 145
Capítulo 12 - Una promesa sin firma 157
Capítulo 13 - El precio de la lealtad 170
Capítulo 14 - La verdad que todavía falta 183
Capítulo 15 - Palabras que no se pueden retirar 196
Capítulo 16 - La distancia entre nosotros 209
Capítulo 17 - Con mi propia voz 220
Capítulo 18 - Lo que realmente cuesta 231
Capítulo 19 - El resultado que no elegimos 244
Capítulo 20 - Más allá del reglamento 256

INTRO

Lo que más me gustaba de los reglamentos era que no tenían que amar a nadie.

Podían ser estrictos, implacables, a veces incluso injustos, pero al menos no fingían dejarse llevar por los sentimientos. El artículo tercero no cambiaba de opinión ante unos ojos bonitos, y el apartado séptimo no prometía nada que no tuviera intención de cumplir. En ese sentido, las personas eran considerablemente menos predecibles.

Sin embargo, aquella tarde de viernes, mientras estaba de pie en el vestíbulo del Centro de Encuentro de Culturas de Lublin, sentí unas ganas irresistibles de estrangular a la persona que había redactado las bases de la convocatoria para las residencias literarias.

Preferiblemente con un ejemplar impreso de su propia obra.

—Esto es imposible —dije por teléfono, mientras leía por tercera vez el mismo fragmento.

—Lo sé —respondió Marta, mi amiga y la única persona a la que permitía llamarme durante el trabajo—. Precisamente por eso deberías dejar de leerlo.

—En el apartado cuarto dice que las solicitudes se aceptan hasta el treinta de junio, pero en el noveno asegura que la lista de seleccionados se publicará el veintiocho.

—Quizá tengan acceso al futuro.

—Y en el anexo aparece una fecha completamente distinta.

—Melania, hoy se suponía que terminabas de trabajar a las cuatro.

Miré el reloj. Eran casi las cinco.

Marta tenía razón. Por supuesto que la tenía. Llevaba tres meses intentando cambiar mi vida o, más concretamente, conseguir que mi trabajo dejara de ocuparla por completo. Había renunciado a mi puesto fijo en una agencia de Varsovia, me había dado de alta como autónoma y había empezado a construir mi propia marca como especialista en la revisión de documentos para convocatorias y concursos. Quería elegir a mis clientes, establecer mis horarios y dejar de contestar llamadas de personas convencidas de que la palabra «urgente» las eximía de cualquier responsabilidad.

El lunes tenía prevista una reunión importante con una fundación que podía garantizarme varios meses de colaboración estable. Mi intención era dedicar el fin de semana a preparar la propuesta, no a solucionar los descuidos de otros.

—Me voy dentro de diez minutos —prometí.

—Eso mismo dijiste hace media hora.

—Esta vez de verdad.

Colgué y guardé el teléfono en el bolsillo de la americana.

El vestíbulo comenzaba a vaciarse después de la última mesa redonda del festival. El aroma del café se mezclaba con el olor de los programas recién impresos, mientras la cálida luz del final de la tarde atravesaba los enormes ventanales. Todavía quedaban algunos asistentes sentados alrededor de las mesas, enfrascados en conversaciones sobre literatura, una materia que probablemente se tomaban de forma mucho menos personal que yo los reglamentos.

Cerré el portátil.

Entonces escuché una voz.

—¿Señora Okoń?

Me volví.

Un hombre estaba de pie a unos pasos de mí, sosteniendo un teléfono en una mano y un programa arrugado del festival en la otra. Tenía el pelo oscuro, las mangas de una camisa azul ligeramente remangadas y el aspecto de alguien que llevaba toda la mañana resolviendo problemas a los que los demás ni siquiera querían enfrentarse.

No vestía con especial elegancia. Sin embargo, poseía una seguridad en sí mismo que resultaba irritantemente natural.

—Depende de quién pregunte —respondí.

Sonrió, pero en lugar de soltar uno de esos cumplidos ensayados con los que suelen comenzar los encuentros innecesarios, dijo:

—Patryk Jeż. Soy el responsable de la organización del festival. Me han comentado que ha encontrado varios errores en nuestra convocatoria.

—¿Varios?

Echó un vistazo al portátil.

—Entiendo que me he quedado corto.

—Yo diría más bien que el reglamento es un enorme error en el que, por pura casualidad, se han colado algunas frases correctas.

Soltó una risa discreta.

No era la risa de alguien ofendido por las críticas. Más bien parecía la de una persona que acababa de escuchar algo que llevaba tiempo sospechando.

—Agradezco su sinceridad.

—No se acostumbre. Hoy solo pensaba ofrecer gratis la primera consulta.

—¿Y la segunda?

—Depende de la magnitud de la catástrofe.

Patryk dejó el programa sobre la mesa y se guardó el teléfono en el bolsillo. Solo entonces advertí las señales de cansancio bajo sus ojos. Debía de tener unos treinta y ocho años, y su manera de observar a las personas sugería que había aprendido a percibir mucho más de lo que estas decían.

—¿Podría enseñarme cuál es el problema más grave? —preguntó.

Debería haberme negado.

En lugar de hacerlo, abrí el portátil.

—Mire. Según las bases, pueden presentarse todos los autores mayores de edad, pero el formulario exige acreditar al menos dos libros publicados. Tampoco está claro si la residencia incluye una remuneración, alojamiento o ambas cosas. Además, no han especificado quién evaluará las solicitudes ni qué criterios utilizará.

Patryk se inclinó hacia la pantalla.

Percibí el suave aroma de su colonia, una mezcla de cedro y naranja amarga. No me aparté inmediatamente, lo que constituyó mi primera decisión poco profesional del día.

—Se suponía que esto iba a ser sencillo —murmuró.

—Normalmente, las cosas que deberían ser sencillas son las que más problemas ocasionan.

—¿Siempre les dice a sus clientes que lo han hecho todo mal?

—Solo cuando lo han hecho todo mal.

Me miró divertido, aunque un instante después su expresión se volvió seria.

—La convocatoria ya está publicada. Hemos recibido varias decenas de solicitudes. Los colaboradores esperan los resultados y los autores preguntan por unos criterios que no sabemos explicarles. Tenemos que arreglarlo.

Aquella última frase sonó distinta de las anteriores. Sin sonrisa, sin ningún intento de aliviar la tensión.

Por primera vez vi en él algo más que a otro organizador que esperaba que una especialista limpiara el desastre que había dejado detrás.

—También deberían considerar la posibilidad de anular la convocatoria actual —dije—. O, como mínimo, suspender la evaluación hasta establecer un procedimiento legal y justo.

Patryk se enderezó.

—Anularla no es una opción.

—No es una cuestión de preferencias.

—Quizá para usted no lo sea.

Aquello debería haberme enfadado. Sin embargo, lo que sentí fue curiosidad. ¿Por qué un hombre que acababa de aceptar críticas tan duras establecía de pronto un límite tan inflexible?

—¿Le ha prometido a alguien que esta convocatoria se celebraría? —pregunté.

Guardó silencio durante un breve instante.

—A muchas personas.

No era una mentira.

Pero tampoco parecía toda la verdad.

Miré involuntariamente su teléfono cuando la pantalla se iluminó con un mensaje entrante. Solo alcancé a leer un fragmento de la notificación: «Kuba: Entiendo que todo sigue según lo previsto...».

Patryk colocó el dispositivo boca abajo.

No hice ningún comentario. No tenía derecho a entrometerme en su correspondencia y una frase incompleta no demostraba absolutamente nada.

—Tengo una propuesta —dije—. Le enviaré antes del lunes un análisis de riesgos y una relación de los cambios necesarios. Después decidiremos si puedo aceptar el encargo. Pero si espera que adapte las normas a un resultado decidido de antemano, será mejor que busque a otra persona.

Me observó durante más tiempo del que exigía una conversación estrictamente profesional.

—¿Sabe qué es lo más peligroso de usted?

—No nos conocemos lo suficiente como para que pueda juzgarlo.

—Precisamente por eso me pregunto por qué tengo tantas ganas de averiguarlo.

Cerré el portátil con un poco más de fuerza de la necesaria.

Patryk sonrió, pero esta vez no aprovechó mi desconcierto. Retrocedió medio paso, dejándome espacio.

—No voy a entretenerla más —dijo—. Envíeme su presupuesto. Pagaremos el análisis independientemente de que decida encargarse del resto del trabajo.

Era razonable. Profesional. Exactamente la respuesta que esperaba de un posible cliente.

Entonces, ¿por qué me decepcionó que ya estuviera marchándose?

Cogí el bolso y me dirigí hacia la salida. Cuando llegué a las puertas, su voz volvió a detenerme.

—¿Melania?

Me giré, sorprendida por la ausencia de formalidad.

—¿Sí?

—¿Y si nos viéramos aquí mañana? Sin portátil. Me gustaría enseñarle por qué estas residencias son tan importantes para mí.

A su espalda, las luces del vestíbulo comenzaban a apagarse una tras otra. Podría haberse limitado a enviarme los documentos, convocarme a una reunión formal o llamarme el lunes. Sin embargo, estaba allí, frente a mí, esperando una respuesta, sin intentar ocultar que me proponía algo más personal que una simple revisión de las bases del concurso.

—Mañana ya tengo mis propios planes —respondí.

—Lo entiendo.

No insistió.

Y fue precisamente eso lo que hizo que, unos segundos después, añadiera:

—Pero a las seis de la tarde podría sacar una hora.

Sonrió despacio.

—Entonces, hasta mañana.

Salí a la plaza situada frente al edificio. El aire del atardecer era cálido y la ciudad olía a una lluvia que todavía no había comenzado a caer. El teléfono vibró en mi mano. Marta quería saber si por fin había recuperado el sentido común.

Miré a través de las puertas de cristal.

Patryk seguía en el vestíbulo, hablando por teléfono con alguien. Esta vez no parecía divertido. Se pasó una mano por la nuca y después miró hacia la salida. Nuestras miradas se encontraron a través del cristal.

No aparté los ojos.

Tenía treinta y tres años, mi propia empresa, un fin de semana perfectamente organizado y suficiente experiencia para reconocer cuándo alguien podía complicarme la vida.

Entonces, ¿por qué lo que más deseaba en aquel momento era que mañana volviera a mirarme de la misma manera?

Capítulo 1 - El precio de una excepción

El sábado, a las ocho y diecisiete de la mañana, recibí un mensaje de Patryk Jeż.

«Buenos días. No quiero arruinarle el fin de semana, pero la situación de la convocatoria se ha complicado. ¿Podríamos hablar antes de esta tarde?».

Me quedé mirando la pantalla del teléfono, de pie en la cocina del apartamento que tenía alquilado en la calle Narutowicza. Al otro lado de la ventana, Lublin apenas empezaba a despertar. Después de la lluvia nocturna, las aceras brillaban y mi café se enfriaba junto a los documentos que había preparado para la reunión del lunes con la fundación.

Estaba a punto de responderle que los sábados no eran días laborables cuando llegó un segundo mensaje.

«En realidad, no. Discúlpeme. Quedamos a las seis de la tarde. Respetaré lo acordado».

Lo leí dos veces.

No era frecuente encontrar personas capaces de retirar por iniciativa propia una petición inapropiada antes de que tuviera que decirles que no. Todavía menos frecuente era que se tratara de hombres acostumbrados a dirigir grandes acontecimientos.

Respondí: «Gracias. Estaré allí puntualmente a las seis».

Dejé el teléfono sobre la encimera, pero durante los siguientes minutos fui incapaz de concentrarme en la presentación.

Mi amiga Marta sostenía que tenía debilidad por los hombres que se parecían a contratos complicados. Cuantas más cláusulas y condiciones contenían, mayor era mi necesidad de comprenderlos. Yo solía responderle que no me interesaban los hombres que requerían interpretación jurídica.

Patryk estaba empezando a poner a prueba aquella afirmación.

A las nueve llamó mi posible clienta, una representante de la Fundación Nuevas Voces de Varsovia. Quería confirmar nuestra reunión del lunes y asegurarse de que seguía interesada en elaborar unas normas unificadas para su programa de becas.

—Por supuesto —le aseguré—. Ya tengo una propuesta preliminar.

—Necesitamos a alguien que sepa decirnos cuándo nuestras ideas son malas —comentó la señora Elżbieta.

Sonreí.

—Entonces probablemente nos entenderemos bien.

Cuando terminó la conversación, miré el calendario que tenía abierto. La fundación podía convertirse en mi cliente más importante. Significaba ingresos regulares y la posibilidad de trabajar bajo mis propias condiciones, exactamente aquello por lo que había abandonado la agencia tres meses atrás.

Lublin debía ser un breve encargo de consultoría, no el comienzo de otro sacrificio profesional.

Así que decidí que aquella tarde le expondría a Patryk unas condiciones claras y no permitiría que su sonrisa complicara las cosas.

Ocho horas después, estaba de pie en una pequeña sala de reuniones situada detrás del vestíbulo del festival, preguntándome por qué mi preparación para aquella conversación no había incluido alguna estrategia para ignorar a un hombre al que le sentaban extraordinariamente bien las mangas remangadas.

Patryk me recibió junto a la puerta.

—Gracias por venir.

Advertí que había abandonado el tratamiento formal, pero no protesté.

—Te prometí una hora. Todavía no he decidido si vas a aprovecharla con sensatez.

—Lo intentaré.

Sobre la mesa había dos vasos de agua, una tetera y varios documentos impresos. No había ningún portátil. Solo al cabo de un momento me fijé en las cajas llenas de libros colocadas junto a la pared y en un panel que mostraba los proyectos de antiguos participantes del festival.

—Ibas a enseñarme por qué te importan tanto las residencias —le recordé.

—Y sigo queriendo hacerlo. Pero antes tengo que contarte que esta mañana hemos recibido otras seis solicitudes. Algunas son de escritores que están empezando y no tienen dos libros publicados.

—Es decir, personas que, según el anuncio, tienen derecho a presentarse, pero que, según el formulario, no cumplen los requisitos.

—Exactamente.

—Entonces no podemos seguir fingiendo que el problema es meramente estético.

Nos sentamos uno frente al otro. Patryk deslizó hacia mí un resumen de las solicitudes. Los nombres habían sido sustituidos por números, lo que consideré una buena señal.

—Lo ha preparado nuestra coordinadora, Iga —explicó—. No quería que empezaras trabajando directamente con datos personales.

—Sensato.

—Voy a apuntarlo. El primer cumplido de la señora Okoń.

—No te acostumbres.

Sonrió y se inclinó sobre el documento.

Durante los siguientes veinte minutos comprobamos que los errores del reglamento no afectaban únicamente a los plazos, sino también al propio proceso de evaluación. Los organizadores anunciaban un concurso abierto a nuevos autores, el formulario exigía una trayectoria editorial y el acuerdo con los colaboradores contemplaba la selección de dos residentes antes de que terminara el mes.

Patryk quería salvar el calendario y cumplir los compromisos adquiridos con los patrocinadores.

Yo quería garantizar, ante todo, que nadie fuera evaluado según unas reglas que no había conocido previamente.

—Podemos publicar una corrección —propuso—. Darles tres días adicionales.

—¿Tres días para qué? ¿Para escribir dos libros?

Se rio, aunque esta vez sin demasiado entusiasmo.

—Para completar la solicitud.

—Si mantienes ese requisito, excluyes a los debutantes. Y si lo eliminas, también debes dar una oportunidad a quienes decidieron no presentarse porque lo habían visto antes.

—¿Cuánto tiempo necesitamos?

—Primero tenemos que determinar qué se prometió exactamente a los candidatos. Después, elaborar un nuevo procedimiento, conseguir su aprobación por parte de la organización e informar adecuadamente a todos los interesados.

Se pasó una mano por la cara.

—Tenemos compromisos con nuestros colaboradores. La fecha de finalización del programa figura en los contratos.

—Lo entiendo. Pero no puedo redactar un documento cuya única virtud sea parecer justo.

Levantó la mirada.

—Y yo no puedo permitir que el festival pierda su financiación.

Por fin habíamos dejado de intercambiar cortesías.

Me levanté y me acerqué al panel dedicado a las ediciones anteriores. Había fotografías de jóvenes escritores, fragmentos de sus textos y breves testimonios sobre lo que había significado para ellos disponer de un lugar tranquilo donde trabajar.

—¿De verdad crees que estas personas habrían preferido un concurso rápido a uno justo? —pregunté.

Patryk se acercó, aunque se detuvo a cierta distancia.

—Creo que la mayoría necesitaba aquella oportunidad en el momento en que la recibió. No después de seis meses de discusiones sobre documentos.

Volví la cabeza hacia él.

—No estoy proponiendo seis meses.

—Y yo no estoy proponiendo hacer trampas.

Durante unos instantes nos miramos en silencio.

Observé que apretaba la mandíbula, aunque su voz seguía siendo tranquila. Aquello le importaba más de lo que quería demostrar. El problema no era que no comprendiera mis argumentos. Los entendía perfectamente y, aun así, era incapaz de renunciar a su propio objetivo.

—Entonces intentémoslo de otra manera —dije—. No tienes que elegir ahora mismo entre cancelar todo el programa y fingir que el reglamento es correcto. Podemos preparar varias alternativas y explicarles a los colaboradores las consecuencias de cada una.

—¿Qué alternativas?

Regresamos a la mesa. En una hoja en blanco enumeré tres posibilidades: reanudar la convocatoria con unas bases corregidas, reabrir el plazo de presentación de solicitudes durante un período suficientemente amplio o anular el procedimiento y convocar un nuevo concurso. Junto a cada opción anotamos los riesgos, los costes y las condiciones organizativas.

Patryk dejó de intentar acortar la conversación. Formulaba preguntas concretas, reconocía cuándo desconocía una respuesta y lo anotaba todo con una letra irregular y sorprendentemente pequeña.

—Si ampliamos el plazo dos semanas, todavía podríamos llegar a tiempo para la evaluación —dijo finalmente.

—Siempre que nombréis una comisión independiente y no cambiéis los criterios después del cierre de las solicitudes.

Vaciló.

—¿Y si hubiera una persona cuya candidatura necesitara un tratamiento especial?

Dejé el bolígrafo.

—¿Qué significa exactamente «especial»?

—Por ejemplo, alguien con una trayectoria poco convencional. Con un proyecto valioso que no encaja del todo en el formulario.

—Entonces las normas deben permitir evaluar ese tipo de proyectos para todo el mundo, no únicamente para una persona.

—¿Incluso si esa persona merece de verdad una oportunidad?

—Especialmente en ese caso.

Permaneció callado un momento, haciendo girar el bolígrafo entre los dedos.

—Eres una negociadora difícil.

—No negocio si las normas deben aplicarse a todo el mundo.

Patryk me miró con una expresión que podía interpretarse tanto como admiración como frustración.

—Ahora entiendo por qué me recomendaron precisamente a ti.

—¿Quién?

—Nuestra abogada. Dijo que eres capaz de decirle que no incluso a alguien que te paga para que le des la razón.

—No parece una buena publicidad para mis servicios.

—A mí cada vez me parece mejor.

No respondí.

A través de la puerta abierta llegó la voz de una trabajadora del equipo técnico que estaba buscando a

Patryk. Salió durante unos minutos y me dejó junto a los documentos. Aproveché para analizar la tabla de plazos y descubrí otro detalle: el borrador del calendario contemplaba una conversación preliminar con uno de los candidatos mucho antes de que terminara el período de presentación de solicitudes.

No aparecía ningún nombre. Solo una anotación: «Consulta con autor — K.».

Podía significar muchas cosas, incluso tratarse de una actividad ordinaria del festival. Anoté en mi cuaderno una pregunta sobre el alcance de aquellas consultas.

Cuando Patryk regresó, parecía todavía más cansado.

—Perdona. Ha fallado el equipo de sonido de una de las salas.

—La vida de un organizador de festivales parece extraordinariamente romántica.

—Todavía puedo enseñarte el calendario de intercambio de acreditaciones y el informe de micrófonos perdidos.

—Ahórrame tantas emociones.

Sonrió y luego consultó el reloj.

—Nos hemos pasado de la hora.

Eran ya más de las siete y media.

—Es verdad.

—Debería disculparme.

—Deberías pagarme el tiempo adicional.

—Encantado.

Esta vez me reí de verdad.

No estaba acostumbrada a hombres que se tomaran en serio mi trabajo sin renunciar por ello a intentar hacerme reír. Patryk no parecía intimidado por mi firmeza. Le interesaba.

Y aquella diferencia importaba.

Recogí los documentos, consciente de que debía terminar el encuentro antes de empezar a buscar más razones para quedarme.

—Prepararé una propuesta preliminar —dije—. Pero debes saber que el lunes tengo una reunión importante con otro cliente. Si acepto este proyecto, no estaré disponible las veinticuatro horas.

—No espero que lo estés.

—Tampoco aplazaré mis propios compromisos solo porque vosotros tengáis una urgencia.

—Lo entiendo.

—Y una cosa más. No pondré mi firma en ningún procedimiento diseñado para aprobar una decisión tomada de antemano.

Esta vez no respondió inmediatamente.

—Quiero que este programa sobreviva —dijo por fin.

—Yo también puedo quererlo. Pero tenemos que determinar con honestidad a qué precio.

Se acercó a la puerta y la abrió para dejarme pasar.

—Melania, ¿puedo decirte algo que no tiene nada que ver con el reglamento?

Me detuve.

—Puedes.

—Me gusta que no intentes resultar agradable a costa de ocultar lo que realmente piensas.

No estaba preparada para aquella respuesta. Sobre todo porque la pronunció con tranquilidad, sin una sonrisa destinada a convertir la sinceridad en una broma.

—Es una característica bastante arriesgada en una colaboradora —contesté.

—Es posible.

—Y no siempre resulta cómoda.

—Eso ya he tenido ocasión de comprobarlo.

Nos miramos durante unos segundos. En el pasillo vacío escuchaba pasos lejanos y el murmullo del sistema de ventilación. Patryk no se acercó ni intentó prolongar la conversación mediante ningún gesto. Permitió que el silencio permaneciera entre nosotros.

Fui yo quien apartó primero la mirada.

Antes de salir, me entregó un libro delgado cuya cubierta mostraba la fotografía de un antiguo patio de Lublin.

—Es una colección de relatos de una de nuestras antiguas residentes —explicó—. Si quieres entender por qué lucho tanto por este programa, lee el primero.

—¿Intentas sobornarme con literatura?

—Prefiero considerarlo una prueba documental.

Acepté el libro.

—No te prometo que cambie de opinión.

—No te estoy pidiendo eso.

Cuando salí, ya había anochecido. Caminé hacia el centro, sintiendo en el bolso el peso de los documentos y de aquel pequeño volumen que no debería haber significado más que un simple obsequio.

Al llegar a Krakowskie Przedmieście, me detuve bajo una farola y abrí el libro. En la primera página había una dedicatoria de la autora a los organizadores del festival.

«Por tomar mi historia en serio antes de que nadie más quisiera leerla».

Deslicé un dedo sobre aquellas palabras.

Entonces comprendí por qué Patryk defendía las residencias con tanta determinación.

Lo que seguía sin comprender era por qué se negaba con la misma firmeza a aceptar una solución que podría salvarlas sin poner en peligro la honestidad del concurso.

Saqué el teléfono y le escribí.

«Lo leeré. Pero el lunes necesito el calendario completo, incluida la información sobre las consultas individuales con los candidatos».

Su respuesta llegó casi inmediatamente.

«Recibirás todo lo que sea necesario para realizar una evaluación rigurosa».

Me fijé en las palabras elegidas.

Todo lo que fuera necesario.

No simplemente todo.

Guardé el teléfono y continué caminando, intentando no pensar en aquel hombre que, con una sola frase, era capaz de despertar en mí curiosidad y cautela al mismo tiempo.

Lo peor era que deseaba conocer las respuestas a preguntas que todavía ni siquiera sabía formular.

Capítulo 2 - Una hora sin obligaciones

El lunes por la mañana me desperté convencida de que el sueño debería estar sujeto a una política de reclamaciones.

Durante buena parte de la noche había soñado con formularios sin casillas, listas de candidatos sin nombres y Patryk Jeż, que permanecía al otro lado de una mesa interminable, esperando pacientemente a que encontrara una solución. Ni siquiera en sueños me tocaba. Bastaba con que me mirara de aquella manera para que todos mis argumentos, cuidadosamente preparados, perdieran su orden.

A las siete llamó Marta.

—¿Qué tal la cita?

—No fue una cita.

—Entonces cuéntame cómo fue esa reunión de negocios después de la cual ayer te pasaste cuarenta minutos analizando la manera en que un hombre pronuncia tu nombre.

—También hablamos del reglamento.

—Durante tres minutos.

Sujetando el teléfono entre el hombro y la oreja, me serví un café.

—Patryk organiza un festival que necesita ayuda especializada. Yo tengo una empresa. Él tiene un problema. Eso es todo.

—¿Y el libro?

Miré el pequeño volumen que descansaba junto a la cama. La noche anterior lo había leído casi entero, aunque mi intención había sido limitarme al primer relato.

—Bueno.

—Melania.

—Muy bueno.

—No te estaba preguntando por el libro.

Suspiré.

—Es un hombre interesante. Eso no significa que tenga intención de hacer nada con él fuera del trabajo.

Marta guardó silencio durante unos instantes.

—¿Sabes qué es lo que menos me gusta de tu manera de planificar la vida?

—¿Que normalmente funciona?

—Que consideras cualquier sentimiento imprevisto como un error en el calendario.

No respondí. Tenía por delante una conversación mucho más importante y no pensaba comenzar el día reconociendo que tenía razón.

La reunión con la Fundación Nuevas Voces se celebró por videoconferencia a las diez. La señora Elżbieta y otros dos miembros del equipo me explicaron el alcance del trabajo, sus expectativas y el presupuesto previsto. Después de una hora, tuve la sensación de estar hablando con personas que realmente querían organizar mejor su programa, no limitarse a conseguir la firma de una especialista para una decisión previamente adoptada.

—Necesitamos cierta disponibilidad durante las próximas seis semanas —explicó la señora Elżbieta—. No a jornada

completa, pero sí con posibilidad de realizar consultas rápidas.

Anoté el plazo.

Seis semanas.

Exactamente el tiempo que podía durar el proyecto del festival de Lublin si decidíamos reabrir la convocatoria.

—Puedo garantizar determinados días de consulta y plazos de respuesta —propuse—. Lo que no puedo prometer es disponibilidad telefónica permanente.

—Nos parece perfecto.

Cuando terminó la reunión, experimenté una satisfacción familiar. Apenas unos meses antes no me habría atrevido a establecer mis condiciones con tanta tranquilidad. En la agencia había aprendido que el cliente siempre tenía prioridad, incluso por delante del sueño, la salud y la vida personal. Ahora, por primera vez, podía decir: mi trabajo tiene valor, pero nadie tiene derecho a disponer de él sin límites.

A las once y media recibí un mensaje de Patryk acompañado de todos los documentos organizativos.

Esta vez estaban ordenados, identificados y numerados.

«Iga ha organizado las carpetas. Si falta algo, avísame. No tienes ninguna obligación de responder hoy».

Sonreí mirando la pantalla.

Patryk escuchaba.

Y no solo lo que decía sobre los procedimientos. También lo que le había explicado acerca de mi tiempo.

Le respondí que revisaría los documentos después de terminar el trabajo para la fundación.

No abrí la carpeta hasta la tarde.

Entre los acuerdos con los colaboradores, los calendarios y los formularios encontré una tabla que describía las funciones de los distintos miembros de la comisión del concurso. Patryk figuraba como coordinador organizativo, sin derecho formal de voto. Era una solución razonable, aunque insuficiente si anteriormente había intentado influir en la elección de los candidatos.

También observé que el documento relativo a los contactos con los autores incluía un apartado denominado «consultas individuales», pero no explicaba quiénes habían tenido acceso a ellas.

Anoté la pregunta en el margen.

No quería sacar conclusiones precipitadas. En los concursos literarios, los contactos entre organizadores y participantes no eran nada extraordinario. Lo importante era determinar si proporcionaban alguna ventaja.

Una hora después tenía preparado un borrador de las condiciones de colaboración.

Le envié a Patryk una propuesta que incluía la auditoría, la elaboración de un procedimiento correctivo y las consultas con la comisión, pero también varios puntos que consideraba innegociables: la independencia de mi opinión, el acceso completo a los documentos relacionados con la convocatoria, la aprobación por escrito de todas las modificaciones y la prohibición de introducir excepciones destinadas a personas concretas.

Respondió veinte minutos después.

«Las condiciones están claras. Solo tengo una pregunta. ¿Podríamos hablarlas personalmente mañana después de las cinco?».

Vacilé.

«¿En la oficina del festival?».

«Primero sí. Después, si te apetece, me gustaría enseñarte un lugar al que voy cuando necesito recordar que existe vida más allá de los horarios».

Leí el mensaje y noté que se dibujaba una sonrisa en mi rostro.

«¿Forma parte de la negociación?».

«No. Es una invitación sin compromisos».

Esperé varios minutos antes de responder.

«Podemos hablar del contrato a las cinco. Lo demás lo decidiré allí».

«Justo».

El martes llegué a la oficina del festival con el contrato impreso y la firme decisión de no permitir que ninguna cuestión personal influyera en mi valoración profesional de la situación.

Patryk me esperaba junto a la mesa, esta vez vestido con una camisa oscura. Parecía haber dormido bien, algo que consideré casi sospechoso.

—Tengo buenas noticias —anunció a modo de saludo—. Los colaboradores han aceptado estudiar una ampliación del plazo de presentación de solicitudes.

—¿Estudiarla o aprobarla?

—Sabía que me preguntarías eso.

—Hay una diferencia fundamental.

—Por ahora, estudiarla. Pero al menos han dejado de afirmar que el calendario es sagrado.